

# **PENSAMIENTO KANTIANO Y SU RELACIÓN CON LAS LEYES DE LA HUMANIDAD DENTRO DE NUESTRA SOCIEDAD**

Alejandro Obando Mejía<sup>1</sup>, Carolina María Zapata Puerta<sup>2</sup>, Samuel David Giraldo Gómez<sup>3</sup>

*Hay tres tipos de lector: el que disfruta sin juicio; el que, sin disfrutar, enjuicia, y otro, intermedio, que enjuicia disfrutando y disfruta enjuiciando; éste es el que de verdad produce una obra de arte convirtiéndola en algo nuevo.*

**GOETHE**

*(Carta a J. F. Rochlitz, 13 de junio de 1819; WA. IV, T. 31, p. 178)*

## **Introducción**

Para empezar, es importante decir que somos fruto de la educación y que ésta se encuentra íntimamente relacionada con la instrucción, la disciplina, la civilidad y la moralidad que son descritas por Kant (Kant, 2003). Ellas se encuentran entre las cualidades que debemos tener para llegar a ser humanos, debido a que nuestra existencia gira en torno a todas las circunstancias que se relacionan alrededor de nuestras interacciones personales: nuestro hábitat natural, la familia, la escuela, el estado, la iglesia y la sociedad, entre otras.

Sin la educación, la disciplina, la civilidad y la moralidad no podemos alcanzar nuestra humanidad verdadera; todo debido a que aquellas son acciones tan relacionadas con nosotros que pueden y deben ser comparadas con nuestra estructura biogenética. En ese sentido, el objetivo de este texto es tratar de presentar una visión general que explique por qué los humanos necesitamos esas cualidades para poder generar interrelaciones y construir un desarrollo social, espiritual, cultural para, finalmente, crear y desarrollar las interacciones sociales, que son necesarias para todos. El capítulo está estructurado en tres momentos. En el primero, se habla de la educación y su relación con el ser humano. En el segundo, se aborda la instrucción, la disciplina, la moralidad y la civilidad en Kant. En el Tercero, se presentan algunas conclusiones.

---

<sup>1</sup>Odontólogo UCC, Especialista en Ortodoncia UCC, Maestrante en Educación UCO

<sup>2</sup>Odontóloga CES, Especialista Auditoria de la Calidad UCC, Especialista en Ortodoncia UCC, Maestrante en Educación UCO

<sup>3</sup>Odontólogo PUJ, Especialista Gerencia de la Salud Pública CES, Especialista en Rehabilitación Oral U de A, Maestrante en Educación UCO

## **Educación y su relación con el ser humano**

Para Kant, el hombre es la única criatura que ha de ser educada entendiendo por educación el sustento, la disciplina, la manutención y la instrucción. Procesos que están ligados al ser humano desde su nacimiento. A partir de este hecho se inician múltiples sucesos de índole educativa que promueven la configuración de la propia realidad. Esto respaldado por las constantes interacciones sociales inherentes a la existencia, que se encuentran adscritas a la irrenunciable necesidad de nacer dentro de una sociedad, que a través de sus acciones, normas, reglas y directrices, participan en la estructuración y conformación del sujeto. Lo anterior, permite afirmar que la educación es claramente un evento consustancial a la naturaleza del ser humano.

Para comprender en alguna medida el alcance de la educación es necesario alejarnos de conceptos puramente escolares. La génesis de la educación del sujeto parte desde la primera interacción del binomio madre-hijo, del contacto social, del núcleo familiar, de las normas y las reglas dispuestas en el seno familiar y muchas otras acciones que directa o indirectamente participan en la construcción del “yo”. Lo anterior es el punto de partida para afirmar que, sin educación no podríamos hablar de ser humano.

Kant (2004:49), considera que una sana, pero firme disciplina es necesaria para *“...impedir que la parte animal se imponga sobre la humanidad, tanto individual como en la sociedad. La disciplina consiste, por tanto, en la domesticación del salvajismo”*. Esta evita al hombre, ser controlado por sus impulsos animales y ser así apartado de su destino como individuo perteneciente a una sociedad. Su humanidad tiende a sujetarle, para que no se encamine, irrevocablemente al abismo de los peligros: El hombre llega a ser lo que es únicamente por la educación; él es, es lo que la educación hace de él (Ribas, 1989). Se puede argumentar que dentro del proceso educativo, la disciplina se puede ver como meramente negativa, ya que es la acción por la que se le borra al hombre su animalidad.

Por otra parte la instrucción es la parte positiva de la educación. La barbarie se asume como la independencia respecto de las leyes, mientras que la disciplina somete al hombre a las leyes de la Humanidad. La cita kantiana anterior, sirve para presentar el siguiente planteamiento de Rousseau: *“...nacemos débiles y necesitamos fuerzas; nacemos desprovistos de todo y necesitamos asistencia; nacemos sin luces y necesitamos de inteligencia. Todo cuanto nos falta*

*al nacer, y cuanto necesitamos siendo adultos, se nos da por la educación”* (Rousseau, 2007:36). Desde antes de su nacimiento el hombre tiene necesidad de cuidados y de educación. Vale la pena señalar que, la última, incluye entre otras, la instrucción y la disciplina.

El ser humano alcanza su humanidad gracias a la presencia de los procesos educativos de cualquier índole. Es posible afirmar, entonces, que el ser humano sin educación podrá sobrevivir, pero sin la correspondiente manifestación de sus virtudes humanas. La investigación presentada por Itard que fue realizada en relación con “El niño salvaje del Aveyron” en Francia, publicada en 1801 pudo comprobar que un ser humano que se cría fuera del entorno social en su primera infancia, puede sobrevivir en su entorno natural, pero no conseguirá desarrollar sus cualidades humanas (Merani, 1972).

Así tenemos que Kant, aun desconociendo la investigación de Itard, desarrolló el siguiente enunciado: *“Un animal es todo lo que es por sus instintos; una razón ajena ya se ha ocupado de sus necesidades. En cambio, el hombre necesita de su propia razón; sin instintos, debe elaborar por sí mismo los planes de su comportamiento. Pero, puesto que él no es capaz de hacerlo inmediatamente, ya que llega al mundo en forma tosca, otros deben hacerlo por él”* (Kant, 2004: 48). Se puede deducir que el hombre es por naturaleza un animal social y que la disciplina convierte su animalidad en humanidad. Cuando vemos un animal, todo lo que él posee es por el instinto que le ha sido provisto por la naturaleza; pero el hombre necesita una razón propia, el instinto le fue negado y ha de crearse él mismo el plan de su conducta, pero no está en disposición de hacerlo por sí solo porque es inculto y necesita de los otros para construirlo. Siendo así, los humanos debemos extraer con nuestro esfuerzo las disposiciones naturales de la humanidad y convertirnos en seres sociales para de esta manera educar una generación tras otra.

Irizar (2006), cita a Aristóteles y retoma una de sus sentencias más frecuentadas donde nos encontramos con otro de los pilares del humanismo político: la dimensión social del ser humano y de su libertad. Para el Estagirita como para Santo Tomás de Aquino, esta verdad es tan indiscutible que pensar en hablar de un hombre no social, puede ser equivalente a afirmar la degradación del orden natural de su condición esencial: si algún hombre (apunta Santo Tomás) no es civil en razón de su naturaleza es necesario que, o bien sea un hombre malo, pues eso sucede por corrupción de la naturaleza humana, o bien, que sea mejor que el hombre, en cuanto posee una naturaleza más perfecta que la que comúnmente tienen los demás hombres. Siendo así,

no es pertinente afirmar, que existan seres humanos con naturalezas más perfectas; lo que sí se puede asegurar es que hay personas más conscientes de su entorno, más dispuestos a vivir y a compartir en comunidad, con mayor capacidad de utilizar la instrucción, disciplina, moralidad y civilidad para ser compartidas con los demás.

A diario la naturaleza nos recuerda nuestra pequeñez y finitud. No obstante, al poseer la capacidad de emitir juicios, razonamientos, criterios y reflexiones se nos concede una posibilidad la posibilidad única de superar las limitaciones existentes para lograr la creación de núcleos familiares y sociales que permiten el desarrollo de las habilidades necesarias, entre las que se encuentran la comunicación por medio de señas, los murales, el desarrollo de la comunicación verbal y escrita, que permiten al ser humano superar sus límites corporales y vivir en el colectivo social, por medio del recuerdo y la tradición oral. Esto lleva a la creación, determinación y unificación de normas sociales entre las que se encuentran: la instrucción, la disciplina, la civilidad y la moralidad. Desde entonces, el hombre ha necesitado de la unión de la sociedad para generar fortaleza, confianza y familia. Para los griegos la civilización humana consistía en un crecimiento progresivo al que los hombres habían llegado después de que éstos avanzaran desde un estadio primitivo penoso y salvaje (Santamaría, 2013).

### **Instrucción, disciplina, moralidad y civilidad**

La barbarie se puede entender como la independencia con respecto de las leyes. Lo que se espera, en esa línea, es que la disciplina someta al hombre a las leyes de la humanidad. Esto ha de realizarse a temprana edad en el caso de los niños, que son enviados a la escuela, en primera medida para que aprendan a estar y para observar puntualmente lo que se les ordena, de tal suerte que más adelante no se dejen dominar por sus caprichos. Cabe resaltar, que para que el sujeto se convierta en un ser humano instruido y disciplinado, requiere la intervención de terceros, esto es, de seres humanos previamente educados que orienten y direccionen su proceso educativo con miras al fortalecimiento de múltiples rasgos, aptitudes y actitudes canalizados a la correcta formación del ser, entre estos atributos se hallan la instrucción y la disciplina. Dicha necesidad de educación evidencia que el ser humano a más de nacer en sociedad, de educarse y disciplinarse lo aleja de la barbarie y de ser un sujeto amoral.

El hombre por naturaleza tiene tan grande inclinación a la libertad, que cuando se ha acostumbrado durante mucho tiempo a ella, lo sacrifica todo y allí es donde entra en acción la disciplina, que lo que busca es evitar la propensión desmesurada que tenemos hacia la libertad (el propio egoísmo) y mantenerla dentro de los límites de la razón y la práctica de lo bueno. Kant es un sólido defensor de la disciplina hasta el punto de afirmar que: una falta en la disciplina es aún peor que la falta de cultura, porque esta es viable de corrección (Kant, 2004). Precisamente por esto, han de aplicarse desde muy temprano, porque en otro caso es muy difícil cambiar después al ser humano, que entonces pretende seguir todos sus caprichos. Por esto se ha de acostumbrar al hombre desde temprano a someterse a los preceptos de la razón. Si en su juventud se le dejó a su voluntad, conservará una cierta barbarie durante toda su vida. Tampoco le sirve de nada el ser mimado en su infancia por la excesiva ternura maternal, pues más tarde no hará más que chocar con obstáculos en todas partes y sufrir continuos fracasos, tan pronto como intervenga en los asuntos del mundo (Kant, 2009).

Por tanto la educación obedece a una necesidad biológica y moral de permitirle al humano el apoyo necesario para alcanzar la madurez racional y la tan deseada autonomía personal. Existen otros autores que coinciden con Kant y Rousseau, en el concepto de lo que es educación: *“la educación es el desarrollo natural, progresivo y sistemático de todas las facultades, afirma Pestalozzi”*; *“la educación es el arte de formar hombres, no especialistas, nos dice Montaigne”*; *“la educación no es una preparación para la vida, es la vida misma, señala Dewey”*; *“ la educación tiene por fin dar al alma y al cuerpo toda la belleza y perfección de que es susceptible, indica Platón”* (Cordero, 2005:10).

Los humanos somos tal vez unos de los animales más vulnerables dentro de la naturaleza, esta puede tomarse como incapacidad o ventaja. Si lo observamos desde otro ángulo, esa misma vulnerabilidad ha hecho que nos hayamos desarrollado como seres de sociedad, lo que generó progreso en todos los aspectos de nuestra cotidianidad. Pero a la misma vez nos confronta con la propia existencia y con nuestros congéneres, lo que produjo choques o desacuerdos en pequeños núcleos familiares, luego en aldeas y finalmente en las nacientes sociedades que requerían ser dirigidas y como es costumbre en la naturaleza, triunfaba la ley del más fuerte, la del más hábil o la del más rápido en toma de decisiones. Todo esto conlleva a la formación de normas de convivencia, que no siempre fueron o han sido justas, pero que de una u otra manera se deben aplicar para que las conductas de comportamiento puedan ser compartidas por todos los

elementos de las sociedades antiguas o actuales. Por lo tanto, adquirir instrucción, disciplina, civilidad y moralidad, será entonces una acción necesaria y fundamental resaltando que dicho proceso debe llevarse en forma temprana en el sujeto. Así lo enseñó Pitágoras: *“Educad al niño y no será necesario castigar al adulto”* (Gallego, 2016:11). Por lo tanto se deduce que la capacidad del ser humano para racionalizar le genera la posibilidad de tomar múltiples decisiones y a la vez, lo conduce a ser consciente de la modulación de su comportamiento y en su entorno social.

A este paso se nos generan los siguientes interrogantes: ¿Por qué una omisión temprana o un descuido en la instrucción, la disciplina, la civilidad o la moralidad del sujeto nunca pueden ser mejoradas?, ¿Por qué si la educación es un proceso constante y permanente, Kant afirma que este componente de la educación no puede ser cualificado en caso de omitirse? A partir de estos cuestionamientos expondremos diversos puntos de vista que respalden o contradigan los panoramas expuestos. Para empezar tenemos, una “edad de oro” desde la cual el hombre habría caído y que fue tomada como verdad aceptada comúnmente y combinada con la idea de una sucesión de mejoras sociales y materiales durante un período, subsiguiente de decadencia (González, 2004). A nuestro parecer ello demuestra la necesidad de superación del hombre para crear expectativas difíciles de cumplir, situación que nuevamente lo lleva a pisotear, a menospreciar y a denigrar a sus congéneres o a las demás especies con tal de lograr sus objetivos. También está la necesidad de creer en un ser superior, para que sea Él, el que dictamine y origine ciertas normas de comportamiento y de dirección para la vida (cuándo sean necesarias, y solo para lograr fines individuales). Por consiguiente, se puede argumentar que los logros de los hombres son temporales, porque aunque generan mejoras para sí mismo y para los demás, nunca se encuentran conformes con lo ganado y vuelven a su ciclo de autodestrucción social e individual.

Podemos argumentar, que la formación del ser humano civilizado es uno de los enfoques que Kant le da a la educación del sujeto para la sociedad es decir, la apropiación de comportamientos que propicien, acciones humanas con miras al fortalecimiento de su rol como integrante activo y positivo de una comunidad. En contraste con los animales, que son carentes de moral, razón o juicio y que ejecutan acciones en las cuales les basta únicamente su instinto, para lograr como único fin su propia supervivencia, tenemos que la carencia de disciplina, moral, razón o juicio en los humanos nos lleva entonces a actuar guiados por los instintos más básicos.

Lo anterior cobra importancia al afirmar que *“el ser humano de por sí no es moral, hay que educarlo en las ideas del deber, y de la ley”* (García, 2005:163), suponiendo entonces que educar corresponde a la idea de moralizar al sujeto y que esto lo haga sabio, sería entonces el punto de partida o el nacimiento de una racionalidad capaz de moralizar al hombre.

Según la teoría cristiana elaborada por la Iglesia; el fin de la vida y del movimiento total de la historia es asegurar a los “elegidos” la vida feliz en el otro mundo. De manera que no se analiza la posibilidad de un desarrollo de la vida humana posterior en la tierra, sino en el más allá. Para San Agustín, la humanidad vivía en un último período: el de su vejez, y ésta duraría hasta que Dios reuniese el número de los “elegidos”. De lo dicho hasta aquí queda más que claro que, en los tiempos medievales, la doctrina imperante entendía la historia como una serie de acontecimientos ordenados por una divinidad y no como un desarrollo natural, de modo que es imposible pensar, entonces, en un posible surgimiento de la doctrina de progreso (Santamaría, 2013).

Kant describe la libertad, como la capacidad de no obedecer a ninguna otra ley más que aquella a la que ha dado su consentimiento (Beade, 2009), siendo este factor el enfoque decisivo para establecer la importancia y la inminente necesidad del desarrollo de la instrucción y de la disciplina a través de la educación del sujeto, lo cual promueve que el hombre deba acostumbrarse desde etapas tempranas a someterse a las prescripciones de la razón. De este modo, damos cuenta del relevante papel que tienen la instrucción, la disciplina, la civilidad y la moralidad en la construcción de un sujeto sin salvajismo, capaz de desarrollarse en sociedad y mediado por la razón, permitiendo entonces el cumplimiento del deber y de la ley, con capacidad de adaptarse y desarrollarse en la sociedad a la cual pertenece, por medio de una relación positiva, de buenas maneras y modales en el trato interpersonal.

Tratando de trazar así una ruta histórica, encontramos que durante la época del oscurantismo o también llamada Edad Media, que comprendió un promedio de diez siglos (algunos autores comienzan el siglo III y terminan el siglo XV, acá nos referenciamos desde el siglo V) y antes de dar paso a la época moderna europea, encontramos que la educación para el pueblo e incluso para la “nobleza” era prácticamente inexistente, lo que lleva a siglos de desórdenes que posiblemente no se extendieron tanto, como se podría dar hoy en día, por las grandes distancias existentes de un sitio a otro, la limitación en la comunicación, la poca o nula

disposición para la escucha y la necesidad de controlar al prójimo (Santamaría, 2013). Esto llevo a un punto muerto o de estancamiento en todas las posibilidades humanas y como es bien sabido, nuestra inquietud no nos deja por mucho tiempo, así trate de ser coartada, lo que para el siglo XVI con la finalización de la edad media y el auge de la modernidad, trajo de la mano ideas de libertad, racionalidad, autonomía. Lo que generó que los comerciantes desarrollarán una nueva élite, empezando a generar movimientos en los poderes de los gobernantes que eran instituidos por “Designio Divino”.

Para la doctrina del progreso era imposible surgir mientras la doctrina de la Providencia se hallase en una supremacía indiscutida (Santamaría, 2013). Esto nos demuestra una vez más la lucha existente entre lo terrenal y lo celestial (generando una necesidad de aceptación y entendimiento a cualquier coste necesario). No fue hasta que se produjo la caída de Constantinopla (utilizándola como momento histórico), que se generó una fuerte disputa, entre el poder terrenal y el celestial, que ya se venía fraguando desde hacía varios siglos. Los Fenicios, los Griegos, los Cartagineses y los Romanos, solo por nombrar algunas de las civilizaciones antiguas de mayor relevancia habían sido capaces de encontrar un punto de equilibrio por decirlo así, entre estas dos fuerzas (claro está, que siempre a su propia conveniencia y para poder asegurar el poder a toda costa, a través de oráculos que eran temidos y respetados por los ciudadanos).

La idea de unidad del género humano surgida en tiempos del Imperio Romano y que en la Edad Media tomó la forma de un Estado y de una Iglesia universales se transformó luego, en la idea de que los pueblos son partícipes y contribuyentes del patrimonio de la civilización común. Este último aporte es uno de los elementos fundamentales que la doctrina del progreso alberga. Sin embargo, aún no era el tiempo propicio para su surgimiento (Santamaría, 2013). Por ende, se podría esperar que luego de diez a doce siglos de oscurantismo el hombre se hartó de guardar silencio y comenzó a cuestionarse sobre miles de porqués que fueron satanizados durante mucho tiempo y se decidió a dar un giro total a su situación en todos los aspectos posibles.

Así se inició la llamada Ilustración, la cual dio inicio a mediados del siglo XVII y duró hasta los primeros años del siglo XIX. Está fue especialmente activa en Francia, Alemania e Inglaterra, la idea de este movimiento fue la de apartar la ignorancia y dar paso al conocimiento y a la razón, generando así mayores probabilidades para educar la naturaleza humana, logrando una

mayor capacidad de vivir en comunidad considerando que la razón llevaría al progreso económico y moral del hombre esto forjó un nuevo concepto, el de “civilización” (González, 2004). Es así, que tanto la civilización y la libertad como rasgos humanos generaron la necesidad de orden social, convirtiéndose entonces en los promotores para la creación y el diseño de normas, leyes, estatutos y directrices que garantizaron una organización social; lo que permite la posibilidad de alcanzar las tan necesitadas instrucción, disciplina, moralidad y civilidad para nuestra convivencia en comunidad, como sujetos civilizados.

La instrucción corresponde a la parte positiva de la educación. Sin embargo al unir la disciplina es decir, la crianza y la instrucción en conjunto con la enseñanza (cultura), podemos englobar lo que representa para Kant la formación del sujeto. Es imperante por lo tanto, afirmar que al hablar de formación del sujeto desde la crianza y la cultura, quien forma al hombre es el hombre previamente educado. Lo anterior, promueve que la falta de instrucción y disciplina genera que algunos hombres sean malos educadores y este fenómeno se puede percibir incluso de generación en generación.

Kant, quien en su filosofía de la historia hace eco de la ambivalencia que la cultura y en general el proceso de civilización tenía para Rousseau; por un lado, producto de la corrupción y por otro hacia un nuevo estadio moral. Reforzar esta esperanza, rechazando una pura visión negativa del proceso de civilización, es en todo caso, lo que Kant persiguió con su filosofía de la historia, que se nos presenta así como el complemento prácticamente necesario de su filosofía moral, en un momento en el que comenzaba a mirarse con nostalgia al paraíso perdido (Cortina, 1995). Por ende podemos inferir, que tanto para Kant, como para Rousseau, la capacidad del ser humano de desarrollar adecuadamente su instrucción, disciplina, civilidad y moralidad, estaban totalmente fuera del alcance de la sociedad de esa época y posiblemente también de la nuestra. ¿Será que realmente estamos tan fuera de contexto que no vamos a ser capaces de retomar un camino que sea adecuado para todos?

Kant se propone “tomar en consideración simplemente el desarrollo moral” de las acciones humanas, lo cual, a su juicio implica presuponer aquellas habilidades. Así pues, desde el primer momento traza una neta distinción entre la génesis de habilidades como el andar o una cierta capacidad discursiva la génesis de la conciencia moral (González, 2004). Claramente acá, se puede observar una disrupción en el pensamiento de la consciencia humana que tan natural o

extraña nos puede resultar y que es la constante dualidad entre lo que nos conviene y lo que debemos hacer, situación que se puede tomar como una decisión al azar del juicio en contra de la razón.

Él contempla varias acepciones que muestran su idea de educación, entre ellas el cuidado que corresponde a las precauciones de los padres es decir, la instauración de una acción previsor, enfocada en la importancia de cultivar a los hombres, lo que hace referencia a instruir y enseñar, es decir ejercitar habilidades o aptitudes orientadas al ejercicio de todos los fines posibles, sumada a la necesidad del desarrollo de hábitos propios de una vida civilizada. Es decir, la formación de hombres prudentes. Se destaca así su acepción favorita de moralizar, enmarcada en que el hombre no debe estar sumergido en cualquier fin, sino en los buenos; los que son aprobados y validados (disciplina) siendo la acepción en cuestión, la que corresponde a impedir que el hombre se desvíe de su destino (la humanidad) orientado y guiado por sus impulsos naturales.

Estas significaciones propuestas, develan la inapelable necesidad de educar al hombre desde múltiples dimensiones con el objetivo que desde la razón alcance una cultura moral, por tanto, para lograrlo, se debe constituir dicha moralidad a través de máximas, principios, reglas o proposiciones de conducta. Kant afirma que: *“vicios, aquella forma el modo de pensar. Ha de mirarse, pues, a que el niño se habitúe a obrar por máximas y no por ciertos estímulos. Con la disciplina, sólo queda una costumbre, que se extingue con los años. El niño debe aprender a obrar por máximas, cuya justicia comprenda él mismo. Fácilmente se ve, que es difícil conseguir esto en niños pequeños, y que la educación moral exige la mayor ilustración de parte de los padres y del maestro”* (Beade, 2011:7)

Por lo tanto, supone que la disciplina crea costumbres, es decir establece maneras habituales de obrar erigidas por un largo uso o por la repetición de actos de la misma especie. Expresa que dicha costumbre instaurada por la disciplina se extingue con los años, situación nada favorable para el desarrollo del ser humano a largo plazo. Lo anterior, hace pensar que, tanto la instrucción, la disciplina, la civilidad y la moralidad son necesarias para impedir la inmoralidad; para habituarnos a ejecutar acciones y apersonarnos de comportamientos positivos acordes con promover un sano desarrollo propio y de la sociedad, pero son realmente los principios y las reglas las que establecen una cultura moral a través de la formación y la creación de un correcto

modo de pensar. Según el planteamiento kantiano, ellas son entonces el medio que permite al hombre humanizarse y generar la apropiación humana de la razón a través de un plan de conducta en compañía de otras personas. Hablar de estas, supone un proceso adaptativo del hombre al mundo social, ya que las tres, desde el enfoque educativo, permiten al sujeto adquirir la conciencia del deber y más que esto, la posibilidad de que el ser humano se apropie de la obediencia y de la libertad razonable las cuales son adquiridas gracias a la educación y el trabajo. La fusión de las anteriormente nombradas orienta al sujeto, a desarrollar un proceso educativo satisfactorio enfocado para “hacerse a sí mismo” pero respetando la orientación hacia el “deber ser”.

Un atributo característico de la razón según Kant, es que se pueden aparentar deseos con ayuda de la imaginación teniendo esta, a favor o en contra dicho impulso. Estos deseos, él los denomina como “concupiscencia” y les atribuye el origen de una multitud de inclinaciones triviales que se encuentran en los fundamentos culturales. Así pues, el abandono de la naturaleza y el primer paso hacia el estado cultural se habría debido simplemente al desarrollo de la capacidad comparativa de la razón, que le habría presentado al ser humano una “ocasión para abandonar los deseos naturales” (González, 2004). Rotundamente la capacidad de racionalizar, de entender y de solucionar los problemas ya sean simples o complejos, es lo que nos diferencia de los demás seres vivos en nuestro planeta; si no nos damos cuenta de la necesidad de vivir en armonía, respeto y orden con los demás seres vivos y no solo entre nosotros, ¿qué nos queda?, la destrucción absoluta y definitivamente a lo que le tenemos más miedo, el olvido.

A la emoción transitoria que el ser humano sintió al darse cuenta de que tenía libertad, le debieron seguir el miedo y la angustia ¿de qué forma proceder con su nueva capacidad?, si aún no conoce nada respecto a ella y a sus posibles efectos. Kant resume la primera experiencia humana de la libertad con una imagen poderosa: el hombre está al borde del abismo (Santamaría, 2013). La libertad, generada del propio pensamiento existencialista y la valiosa posibilidad de desarrollarla a sus anchas, sin presentar limitaciones que restrinjan de alguna manera la probabilidad de expansión, de cualquier índole.

Otro aspecto fundamental planteado por Kant se centra en la necesidad de contar con padres y maestros ilustrados capaces de conceder una educación moral correcta. Lo anterior podría ser la justificación directa de la multiplicidad de comportamientos, unos buenos y otros

malos, incluso en un mismo territorio. En este punto, empieza a esclarecerse nuestro cuestionamiento, ¿Por qué un descuido temprano en la disciplina no podrá ser mejorada?; para dar respuesta a este interrogante, debemos en primera medida preguntarnos ¿Los padres y los maestros que formaron la disciplina del sujeto, son seres humanos que den ejemplo de una cultura moral favorable? Si nos detenemos un momento y analizamos el interrogante planteado desde este punto de vista, es válido afirmar que desde edades tempranas se requieren padres y maestros capaces de habituarnos para vivir en sociedad, es decir, sujetos que estimulen nuestra disciplina que de igual manera, formará nuestra obediencia. Más allá de esto, se requiere que seamos impulsados a ser seres humanos morales, capacitados para actuar orientados al deber ser, formados por convicción, capaces de relacionar nuestra libertad razonable con un modo de pensar correcto. Aquí radica la gran diferencia entre disciplina y cultura moral, la primera se trata de habituarnos a cumplir, la segunda, a promover que a través de la razón instauremos un modo de pensar correcto referente a las normas y leyes. Quien es disciplinado cumple porque así lo debe hacer y fue instruido para tal fin. Quien tiene cultura moral cuenta con la capacidad de discernir entre lo que es bueno y lo que es malo y es esto lo que permite que se apersona de los buenos pensamientos que promueven un buen actuar.

La educación del hombre y del ciudadano han de tener en cuenta por lo tanto, la dimensión comunitaria de las personas, su proyecto personal y también su capacidad de universalización que debe ser dialógicamente ejercida, habida cuenta de que muestra saberse responsable de la realidad, sobre todo de la realidad social, aquel que tiene la capacidad de tomar a cualquier otra persona como un fin, y no simplemente como un medio, como un interlocutor con quien construir el mejor mundo posible (Cortina,1995). Categóricamente los seres humanos al vivir en sociedad, tenemos la necesidad de complementarnos para poder crecer vertiginosamente, esto solo se logrará en la medida de que nuestros aportes sean generosos con intenciones benévolas y lo suficientemente buenos para que puedan ser comprendidos y aplicados por los demás en nuestra sociedad.

La formación del sujeto requiere la intervención tanto de habilidades y destrezas propias del ser humano como son sus aptitudes físicas y su intelecto pero más allá, el sujeto requiere la formación de su carácter; la aptitud para actuar según sus normas. La formación del carácter se adquiere desde la edad temprana y se logra mediante acciones encaminadas a la correcta regulación de la vida del niño y la correcta organización de las actividades en tiempos

determinados. Las actividades propuestas que conduzcan a la formación del carácter deben alejarse de las acciones que generen inconstancia y distracción. Los tres momentos necesarios y esenciales en la formación del carácter son la obediencia, la veracidad y la sociabilidad. La obediencia cumple un papel importante cuando luego de ser formado e instruido, el niño tiene la capacidad de obedecerse a sí mismo, allí es cuando descubre su libertad o mejor dicho, es autónomo. La veracidad corresponde a la autenticidad, pensar en sincronía con su propia naturaleza y finalmente la sociabilidad es la capacidad de ponerse en el lugar del otro (García, 2005).

Un sujeto sin instrucción, disciplina, civilidad o moralidad difícilmente tendrá obediencia y sin está, no habrá una correcta formación del carácter. La importancia de estas radica, en que como cualidades que preparan al sujeto para ser educado en otras dimensiones superiores, ellas requieren estar presentes en el sujeto para permitirle la correcta educación y así alcanzar la libertad razonable, que lo conduzca a la autonomía.

Al hablar sobre la disciplina desde otros ángulos, presentamos a Foucault que plantea el poder como el ejercicio de conducir las posibles conductas y disponer el campo de acción de los individuos a través de las técnicas. Él propone la disciplina como uno de los elementos integradores del poder, exponiendo que *“La disciplina, constituida por una serie de métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les impone una relación de docilidad-utilidad”* (Yela, 2011:3). Otros destacan que la noción de disciplina se asocia por lo general con la obediencia de una autoridad, que trae consigo privaciones y limitaciones individuales (Ospina, 2004). Lo anterior muestra, que la instrucción y la disciplina unidas a la civilidad y a la moralidad, son vistas como la capacidad del sujeto para habituarse a determinados comportamientos que promuevan el cumplimiento de determinadas normas de la sociedad, siendo esta dimensión la base para desarrollar en cada sujeto la autonomía a través de la apropiación racional de una cultura moral. Es importante resaltar que, desde el punto de vista formativo son necesarias las cuatro, para llevar a cabo los procesos educativos. Ya que además de estar ligadas al concepto de autoridad también están hoy por hoy presentes en la concentración, dedicación, rigor y entrenamiento del aprendizaje, que promuevan la consecución de objetivos de tipo académico e investigativo. La contundente tarea de la educación radica en establecer una sincronía entre la represión moral o física del sujeto desde el

punto de vista legal, el desarrollo de las actividades sociales y la capacidad del sujeto de utilizar su propia libertad.

Kant postula cuatro reglas de conducta pedagógicas con miras al paulatino desarrollo de la libertad. Inicia con la instrucción, resaltando que al sujeto desde edades tempranas se le debe permitir comportarse libremente en todos los ámbitos, excepto en aquellos en los cuales pueda dañarse, añade también la prudencia con la que hace referencia a que la única manera de alcanzar los logros es de la misma manera que las demás personas alcanzan los suyos y finalmente la disciplina, la moralidad y la civilidad, que son las cualidades que se proponen como las dimensiones requeridas para no tener que depender del cuidado de los demás. Lo anterior denota la génesis del imperativo categórico tanto en el individuo como en la sociedad a través de la educación, en donde observamos que cumplen un rol importante tanto en el desarrollo del carácter como en la adquisición de una libertad razonable; la capacidad del sujeto de obedecerse a sí mismo cumpliendo con las acepciones de una cultura y educación moral basada en la razón y en los comportamientos benévolos del sujeto como individuo y como sociedad.

Finalmente, podemos decir que, las características pedagógicas de la reflexión kantiana sobre la educación infantil y juvenil albergan dimensiones propias de la educación en donde la moralidad, la civilidad y la disciplina como dimensiones negativas y la formación e instrucción como dimensión positiva complementan de manera recíproca la necesidad humana de adquirir conciencia y educación moral. La educación humana, que se inicia desde nuestro nacimiento se encuentra fundamentada y respaldada por múltiples acciones y consideraciones dirigidas a la formación de un sujeto moral, con capacidad de desarrollarse en sociedad que permitan el cumplimiento de normas y procesos conducentes a su destino (la humanidad), es decir, volvernos más humanos a través de la educación.

## **CONCLUSIONES**

Para Immanuel Kant, la disciplina es una de las acepciones propuestas de educación del sujeto. La entiende como “amansar el salvajismo” y afirma que una omisión temprana en la disciplina jamás podrá ser corregida. Al evaluar los enfoques de la instrucción, la disciplina, la moralidad y la civilidad y su participación en la educación del sujeto, se puede determinar que estas promueven en el ser humano durante la crianza, la adopción de costumbres que impidan

caer en vicios o actos indebidos. Por tal motivo, Kant las describe como la parte negativa de la educación, ya que se limitan únicamente a evitar desarrollar comportamientos negativos. Así, pues, son la educación, la cultura o la moralidad del sujeto, las que le permiten crear un modo de pensar acorde con las leyes y las normas lo que posibilita discernir los actos buenos y malos que guiados por su propia obediencia y gracias a la razón, le llevan a alcanzar su autonomía en sincronía con su libertad racional.

Dando respuesta al cuestionamiento de por qué si la educación es un proceso constante y permanente, Kant afirma que la disciplina no puede ser cualificada en caso de omitirse, se puede afirmar que, una omisión en la instrucción, la disciplina, la moralidad o la civilidad a edades tempranas, no puede ser mejorada ya que desde la infancia inicia la formación del carácter, dentro del cual se encuentra la obediencia. Si el sujeto no tiene una formación acertada en las características anteriormente enumeradas, difícilmente logra la obediencia y, sin ella, se atenta contra la correcta formación del carácter durante la niñez. Cabe recordar que el producto de la formación de su carácter, será el referente comportamental durante toda su vida.

Según el análisis planteado, se puede determinar que, la disciplina a pesar de ser la parte negativa de la educación es necesaria para proveer la materia prima en la formación del carácter del niño, ya que primero es necesario disciplinar al sujeto para luego desarrollar la obediencia y finalmente alcanzar la cultura moral que lo acerque de manera positiva a su libertad y autonomía. En pocas palabras, se puede aseverar que las ideas de instrucción, disciplina, moralidad y civilidad pertenecen a la base cultural de la sociedad, sin las que es posible convivir en paz.

### **Referentes bibliográficos**

Beade, I. (2009) Consideraciones acerca de la concepción Kantiana de la libertad en sentido político. Chile, Rev. De Filosofía.

Beade, I. (2011) En torno a la idea de educación. Una mirada desde la reflexión pedagógica Kantiana. Argentina, Signos Filosóficos XIII, 107.

Cordero Cordero, G. (2005). Immanuel Kant: Tres comentarios a su pensamiento educativo. *Praxis (San José)*, 58.

Cortina, A. (1995). La educación del hombre y del ciudadano. *Revista iberoamericana de educación*, 7(7), 41–63.

Gallego, M. N. (2016). Estrategias pedagógicas para el mejoramiento de las relaciones interpersonales de los estudiantes del grado tercero de la institución educativa rural El Guayabo del municipio de Santa Bárbara Antioquia.

García, J. (2005) Kant y su lectura de la educación como tema de filosofía. Costa Rica, Rev. De Filosofía.

González, A. (2004). La doble aproximación de Kant a la cultura: Doscientos años después. Retornos y relecturas de Kant. *Anuario filosófico*, 37(3), 679–711

Irizar, L. (2006). Los hábitos de la civilidad El lugar central de la formación ciudadana en el humanismo cívico. *Civilizar*, 6(10), 73.

Kant, I. (2003). *Pedagogía* (Vol. 85). Ediciones Akal.

Kant, I. (2004). “Tratado de Pedagogía”. *Revista Educación Hoy* N° 159. Bogotá.

Kant, I. (2009) Sobre Pedagogía. Argentina, Editorial Universidad Nacional de Córdoba.

Merani, A. (1972). *Naturaleza Humana y Educación*. Grijalbo. México.

Ospina H, C. A. (2004). Disciplina, saber y existencia. *Revista latinoamericana de ciencias sociales, niñez y juventud*, 2(2), 51–81.

Ribas, P., & Kant, I. (1989). *Crítica de la razón pura*. Alex.

Rousseau, J. J. (2007). *Emilio* (Vol. 33). Edaf.

Santamaría, Verónica A. (2013) LA CRÍTICA DE ROUSSEAU AL CONCEPTO DE CIVILIZACIÓN. NUEVO PENSAMIENTO. Revista de Filosofía del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Facultad de Filosofía de la Universidad del Salvador, área San Miguel, Buenos Aires. Editor responsable Juan Pablo E. Esperón, ISSN 1853-7596. Volumen III, Año 3.

Yela Gómez, J., & Hidalgo Romero, C. (2011). El poder en Foucault: bases analíticas para el estudio de las organizaciones. *Cuadernos de Administración (Cali, Colombia)*, 26(44).